DE TERRORES Y ARREBATOS REPUBLICANOS. PERE COROMINES Y LLUÍS COMPANYS (C.1914-C.1923)

Àngel Duarte
Universitat de Girona

El propósito de este capítulo es analizar en qué medida el republicanismo catalán se vio alterado en sus expresiones concretas, e incluso trastornado en su naturaleza última, por los impactos de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. En España esos efectos se dieron en un contexto de fin de época: las dificultades del régimen liberal para articular ejecutivos estables, la división de la opinión pública en aliadófilos y germanófilos contestando a la neutralidad oficial ante la contienda europea, la intensa agitación obrera y campesina que daría lugar al denominado Trienio Bolchevique, la acumulación de crisis y de actores críticos para con el orden constitucional que tuvo lugar alrededor del año 1917, la beligerancia creciente de los nacionalismos subestatales y, en fin y para cerrar este largo listado, el apoyo de la monarquía, en la persona de Alfonso XIII, a una *solución* dictatorial a tal estado de cosas[1].

En lo que se refiere a Cataluña y a sus culturas republicanas el decorado se completaba con la estabilización, a partir de 1901, de un subsistema de partidos políticos, con la creación de un marco institucional administrativo que desarrollaba lógicas de nacionalización –la *Mancomunitat* (1914)– y con el tránsito registrado en el republicanismo catalán –aunque no en todo él– de la condición provincial a la condición nacional[2]. Los tres rasgos incidían en

---

1 Navarra, Andreu, *1914: aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014 y Fuentes Codera, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial: una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014, prólogo de José Álvarez Junco. En relación al impacto de la revolución véase el breve, e injustamente olvidado, texto de Pérez Baró, Albert, «Sobre la influencia universal de la Revolución Rusa, 1917-1967», *Anuario de la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*, 1967-1968, separata.

2 Duarte, Àngel, *Història del republicanisme a Catalunya*, Vic, Eumo, 2004. En la última década se han producido incontables libros y artículos que se aproximan a las biografías y experiencias republicanas en los ámbitos local y regional. Evitaré las notas dedicadas a dar cuenta de los estados de la cuestión.

la búsqueda de una salida autónoma –regionalizada– a la crisis civilizatoria y a la del Estado que se arrastraba en España y que ahora, de manera virulenta, se desplegaba también en la Europa liberal y burguesa presentada, desde hacía tiempo, como modelo de progreso y cultura.

El modo concreto mediante el cual queremos abordar la problemática anotada consiste en establecer un juego mínimo de premisas y, a continuación, reseguir los compromisos asumidos en la esfera pública por un par de dirigentes catalanes que dieron cuenta, en sus juicios y en su práctica política, de la conmoción aludida. De hecho, enfrentamos una coyuntura en la que acontece un fenómeno de alta significación social: el de la trasmutación de valores. Una trasmutación que modifica el sistema de vida de una sociedad en todas sus ramificaciones. La trasmutación a la que aludimos tiene sus raíces en una situación de grupo «en la que centenares y millares de personas, cada cual a su manera, participa en el derrumbe de la sociedad existente». La historia individual de una vida, la biografía, no basta. No basta pero facilita una puerta de entrada a un tiempo. Lo que procede, en cualquier caso, es «acabar con la ficción de la independencia del individuo frente al grupo con cuyo esquema el individuo piensa y actúa»[3]. Esa precaución tutela mi aportación centrada en Pere Coromines y Lluís Companys.

El republicanismo y el fin de un tiempo liberal

El ejercicio propuesto parte de una triple premisa. La primera recuerda que el republicanismo contemporáneo –sería más preciso aludir a su naturaleza plural y escribir *republicanismos*– no había sido, en el siglo previo a la cronología que nos ocupa, ni un cuerpo de ideas y un conjunto de materiales, ni un proyecto político asociado a unas prácticas institucionales y a unas modalidades de acción, ni un movimiento de raíces sociales que puedan ser considerados *inalterables*. Desde sus orígenes había ido mutando para procurar dar respuestas defensivas a los embates de un presente cambiante y, al mismo tiempo, para proceder al diseño de proyectos de futuro. ¿Facilitar instrumentos de resistencia y propuestas de cambio a quién o quiénes? A aquellos grupos sociales que, a su vez, nutrían y trasformaban, mediante su uso, los materiales republicanos: un abanico de sujetos colectivos que incluía núcleos

3 Mannheim, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento* [1941], FCE, 2010 ebook, posición pp. 821-824 y 835-836.

significativos del mundo obrero y campesino, de los sectores profesionales, de artesanos y pequeños propietarios, de no pocos hombres de letras y otras tantas mujeres emancipadas y librepensadoras que conquistaban un sitio en la esfera pública e incluso, porque de todo hubo en el campo de la república, de industriales o propietarios rurales no tan pequeños atraídos, debido a causas complejas, por la perspectiva de una democracia republicana como factor de progreso e incluso de negocio.

Desde los márgenes de la vida política oficial, y desde múltiples condiciones, subalternas o no tanto, obreras, pequeñoburguesas o burguesas e incluso tardoaristocráticas, lo republicano constituyó un marco de convivencia y solidaridad –concretado en una urdimbre de corales, centros obreros, redacciones periodísticas, sociedades librepensadoras o logias masónicas– y un lugar desde el que pensar una expectativa de cambio susceptible de aceptar, preservando el principio de propiedad, un cierto número de modificaciones en las bases del orden social. La maleabilidad de la que el republicanismo hacía gala fue clave en su permanencia en el tiempo y en la capacidad de generar, por momentos, percepciones de éxito.

Probablemente dicha plasticidad, confundida en ocasiones con blandura, algo tuvo que ver con la incapacidad para la concreción republicana como modelo de estado. La otra gran razón de su insolvencia, desde antes de la Restauración, sería la eficacia de los instrumentos del Estado en la neutralización de la derecha republicana y de la izquierda democrática y popular. Mediante la combinatoria de estrategias de represión y de cooptación la monarquía anulaba con facilidad el salto de la posibilidad republicana a su encarnación institucional. Incluso a su posibilidad como *momento* liberador. En todo caso, las adaptaciones descritas nunca habían dejado de realizarse, en el último tramo del siglo XIX y aun en los primeros años del XX, dentro de un marco conceptual heredero del liberalismo radical en su variante más igualitaria, en tránsito, en las dos direcciones, entre los ideales de libertad negativa y positiva, y presidido por la compleja construcción de un estado nacional y por los efectos de la industrialización y la urbanización sobre el tejido social.

En la segunda década del siglo XX, lo que se hallaba en un trance crítico era precisamente ese universo en el cual el republicanismo histórico habría obrado con sus éxitos y fracasos. Y ahí radica la segunda de las premisas a las que aludíamos al principio. La civilización europea, hija de la Ilustración y de la confianza en el progreso de la que los republicanos se consideraban los herederos más avanzados y consecuentes, y por ello los escogidos para llevarla

a la plenitud, quebraba inmersa en una guerra civil que oponía a los pueblos del norte contra la raza latina, la mediterraneidad u otras identidades antinómicas que proliferaron en esos años para dar cuenta, al fin y al cabo, de lo que no era más que la expresión más acabada de las brutales contradicciones interimperialistas. La quiebra civilizatoria pudo ser vista como una ventana de oportunidad para un orden social alternativo al sostenido sobre el mercado y la propiedad privada. En medio del marasmo belicista, la revolución soviética generó una oleada de temores en amplios sectores de la sociedad de su tiempo pero también fue un motivo de esperanza entre las izquierdas obreras así como entre la intelectualidad distante del *ethos* burgués. El interés alcanzó al reformismo democrático que, englobado mayoritariamente bajo el marchamo republicano, establecía sus fundamentos doctrinales en la Revolución Francesa. Conceptos claves en las propuestas reformadoras, me refiero concretamente a libertad e igualdad, fraternidad o equidad, laicidad y progreso, se reformulaban y adquirían significados inéditos. Más allá del país de los sóviets, era en el conjunto de Europa donde los aparatos institucionales asumían más amplias y determinantes funciones en la definición de las agendas o en los modos de gestión económica. El papel del Estado y la naturaleza última del mismo era lo que ahora amenazaba con alterarse. En otras palabras, era el marco en que había operado en tanto que cultura de raíces liberales lo que se recompone y obliga al republicanismo a repensarse y revisar su diccionario.

El reformismo demócrata había sido, y seguiría siendo pasada la tentación del momento, una propuesta que arrancaba de y estimulaba, tanto en el discurso como en la práctica política, un interclasismo que se resolvía en la conformación de un pueblo constructor de futuro. El actor colectivo codiciado, cuando no hablamos de la república obrera, era una ciudadanía forjada desde la paridad de derechos políticos y marcada por la supuesta querencia unánime por la equidad. Los acontecimientos vividos a raíz del estallido de la Primera Guerra Mundial, y en particular los habidos en el otoño de 1917, relativizaron el peso de esa propuesta y dotaron de nuevas alas a esquemas binarios de confrontación de clases que otorgaban idealmente el protagonismo en los trabajos emancipadores a un mundo obrero, proletario y jornalero, que se sustraía a las dinámicas cooperativas para abrirse paso de forma autónoma y adversativa entre la maraña del sistema social.

Finalmente, y dado el marco regional/nacional al que nos conducen los dos demócratas por los que hemos optado para proceder al análisis, conviene tener presente, en el ejercicio de fijación del marco, que el republicanismo catalán

transitó, en la consideración de uno de los protagonistas a los que atenderemos en la segunda parte de este texto, Pere Coromines, de la condición de proyecto democrático provincial –de participar, incluso en su variante federal, de un propósito español en tanto que parte del mismo– a la de propuesta nacional –intervención en la vida política del Estado a partir de la premisa de constituir un todo nacional singularizado en el seno del mismo. Esa nacionalización del republicanismo catalán llegaba a su ápex en un tiempo en el cual el principio de las nacionalidades ocupaba, fuese en su variante leninista o en la wilsoniana, un lugar preponderante en los análisis del presente y en los proyectos de futuro, tanto la guerra como la resolución de la misma en los tratados de paz. El horizonte de una Europa renovada desde sus pequeñas naciones figuraba en la agenda del día. Un dato en absoluto marginal en las propuestas republicanas que hacían frente a un tiempo nuevo.

Aquello que acontece en Europa en esa década de 1910 llega a nuestro país e impacta en las culturas políticas que aquí dan forma, y se forman, en las prácticas de acción colectiva orientadas a la emancipación de los cuerpos y las mentes. Acaso España fuese, como se sostenía por entonces, un arrabal de Europa. Pero no era un arrabal amodorrado. Era un suburbio en que los núcleos intelectuales, y crecientes sectores de la opinión pública, se posicionaban a favor de alguno de los bandos presentes en la contienda militar; una periferia en la que el sistema político establecido entre diciembre de 1874 y junio de 1876, y consolidado en noviembre de 1885, entraba en crisis; una barriada periférica en la que con dificultades se había conformado una primera alianza táctica entre republicanos y socialistas –lo que daba paso a la tardía eclosión de la socialdemocracia hispánica– mientras que en ciertas regiones del país las movilizaciones ciudadanas desbordaban, desde hacía casi una década, los cauces de participación, electorales o no, constitucionales; un arrabal, volviendo a la primera de las caracterizaciones, en el que el sindicalismo crecía y tras la fundación de la CNT dejaba en evidencia la existencia de dos polos articuladores de la lucha obrera. En esa geografía política concreta el doble, y catastrófico, impacto de problemáticas continentales acaecía en medio de una agitación política que llegaría a su momento culminante con la denominada crisis de 1917 –recordemos, militar, política y sindical– y con episodios de lucha proletaria sucesivamente enlazados en el denominado Trienio bolchevique o en huelgas generales como la desencadenada en Barcelona a raíz del conflicto de la Canadiense en febrero de 1919.

Lo que ocurre al sur de los Pirineos sintoniza con lo que tiene lugar al norte de la frontera. En 1918 la revolución se halla pendiente de resolución en Ale-

mania mientras que Italia entra en una grave crisis de régimen. A dicha crisis no era ajeno un ciclo de huelgas que también tenía lugar, por esas mismas fechas, en Francia o en el Reino Unido. Las direcciones sindicales circunscribieron las mismas al terreno de la disputa económica, pero por momentos no parecieron del todo ajenas a la práctica de la movilización política. En otras palabras, eran tiempos en los que se abrían como posibilidades reales la recuperación de la estabilidad del sistema, la reforma del mismo o la salida revolucionaria.

Que en Cataluña y en España hubiese más miedo(s) que revolución lo expresó Coromines con aires proféticos de mal agüero. Al fin y al cabo, era, por entonces, un personaje cantor de la austeridad y restantes virtudes pequeñoburguesas, un individuo más dado al uso de la pluma y a la construcción de un corpus literario, ensayístico, narrativo y poético antes que a los gestos dramáticos. No participaba de los temores, o no los quiso ver, en sintonía con buena parte de los cuadros del Partit Republicà Català (1917), Lluís Companys. La persistencia de este en un compromiso partidario republicano solapado con los combates sindicales de 1917 o 1919 y de los años del pistolerismo le obligaba al optimismo de la voluntad. Uno y otro nos acercan a los estados de ánimo, a las expectativas y a las frustraciones generadas por un ciclo intenso de aceleración del tiempo histórico sobre unos demócratas asentados en un cúmulo de rutinas, tradiciones, dogmas y propósitos inveterados.

De combates políticos y de cultivo de virtudes

Coromines venía de lejos. Nacido en 1870, a la altura de 1914 había dejado atrás su equívoca etapa formativa en el tramo final de la década de 1880 y primeros años 1890. De joven frecuentó ambientes republicanos e iconoclastas, tomó parte en batallas librepensadoras y acabó recalando, temporalmente, en la acracia. Coromines hizo de Barcelona el marco ideal de sus correrías y contactos, con condiscípulos universitarios, republicanos y librepensadores, carreteros ávidos de la buena nueva libertaria o letraheridos modernistas que pululaban alrededor de la revista *L'Avenç*. Por entonces deviene nietzcheano, debelador del humanitarismo cristiano, colaborador en las páginas de la revista sociológica ácrata *Ciencia Social* –desde cuyas páginas debate con Miguel de Unamuno sobre la psicología del amor patrio– e introductor del teatro simbolista. El joven Coromines comparte el interés de otros tantos bohemios con conciencia

social por los obreros. En ellos se hallará la anhelada fuerza emancipadora para el conjunto de la humanidad[4].

El derrotero juvenil de Coromines no era inusual. Como no lo era que de este último episodio se saliera escaldado: sus conferencias en centros anarquistas, en los tiempos de la propaganda por el hecho, le llevaron a los calabozos del castillo de Montjuïc y le implicaron en el proceso que siguió al atentado contra la procesión del Corpus en la barcelonesa calle de Cambios Nuevos. Tras escapar a la suerte que le estaba reservada, en buena medida gracias a una innovadora movilización de intelectuales y políticos en su favor y en pro de la revisión del proceso, y tras una breve estancia en el extranjero y en Madrid, Coromines, por lo demás un universitario exitoso y una pluma eficaz en el combate político, será cooptado por las autoridades locales, y pronto regionales, que con la llegada del siglo XX se habían hecho con el control de municipios de la envergadura de Barcelona y, progresivamente, de las administraciones provinciales. Entre 1904 y 1914, Coromines adquirirá visibilidad como escritor, director de diarios de referencia de la izquierda nacionalista y dirigente de la formación que pretendió fundir las tradiciones republicanas unitaria y federal, las pulsiones nacionalistas y las querencias sociales avanzadas. Me refiero a *El Poble Català* y a la Unió Federal Nacionalista Republicana, a cuyo frente se le sitúa en 1910[5]. ¿Por qué, en abril de 1910, se depositaba en él la responsabilidad de manejar el timón de la izquierda catalanista? Entre otros méritos porque Coromines contaba con algo muy apreciado en el solar del nacionalismo catalán: la aureola de víctima de la arbitrariedad estatal.

Las acomodaciones en lo ideológico, en el tránsito de lo libertario a lo nacionalista y republicano, vinieron acompañadas por una modificación en sus hábitos más personales, en su forma de vida, en su quehacer profesional y en su visión del mundo. Dejar atrás la acracia significa, entre otras cosas, abandonar la condición bohemia. Entrar en el campo de la democracia republicana y

---

4 Coromines, Joan, «Notes biogràfiques i bibliogràfiques sobre Pere Coromines», en *Obres Completes de Pere Coromines [OO.CC.],* Barcelona, Selecta, 1972, p. 40. Izquierdo, Santiago, *Pere Coromines, 1870-1939*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2001. Duarte, Àngel, «Pere Coromines: las primeras fatigas del nacionalismo de izquierdas», en Duarte, Àngel, *Héroes de la nación. Apóstoles de la república*, Barcelona, El Viejo Topo, 2014, pp. 103-148.

5 Izquierdo, Santiago, *El republicanisme nacional a Catalunya: la gestació de la Unió Federal Nacionalista Republicana*, Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Històrics/Institut d'Estudis Catalans, 2010.

catalanista supone abrazar los usos y costumbres de una clase media que aspira a recomponer los lazos erosionados con la cultura en el sentido más clásico y menos vanguardista del término. La vida austera pasa a ser la palanca que da lugar a una existencia amable, justa, culta y comprometida con el prójimo. Cualidades propias de una existencia que Coromines, como los republicanos de su tiempo, incluidos unos nacionalistas catalanes hostiles a toda expresión de centralismo estatal –para simplificar, lo que se motejaba groseramente de jacobinismo– veían compendiadas en Francia y, más concretamente, en la vida provincial de las medianas ciudades francesas, empezando por las del, por tantas razones próximo, Midi.

La Barcelona en la que Coromines sostenía su perfil republicano difería, en no pocas de sus manifestaciones, de la platónica ciudad republicana. La Solidaridad Catalana, con la dirigencia combinada de nacionalistas y regionalistas y la aquiescencia de su ídolo cuando estudiante, el republicano-filósofo Nicolás Salmerón, elevaba las expectativas de éxito en el republicanismo pequeñoburgués. Tanto como las reducían a la nada la Semana Trágica, con su anticlericalismo alejado del laicismo de suave aroma y de querencias deístas; o cuando se constataba que la clase obrera, venida de otras partes de España u originaria de Cataluña, se mantenía fiel, electoralmente, al liderazgo ejercido por Alejandro Lerroux. Una clase obrera que se orientaba, en muchos casos compatibilizándolo con lo antedicho, al desarrollo de una conciencia y una práctica autónomas que, hundiendo sus raíces en los combates sociales del Ochocientos, se alimentaba de las experiencias de la huelga general de 1902, de la citada semana de 1909 o de la lenta pero irreversible reconstrucción de un espacio sindical autónomo que llevó de la Solidaridad Obrera a los Sindicatos Únicos de la CNT.

En clave republicana, el Coromines de los momentos previos al estallido de la Gran Guerra, es, en tanto que líder de la UFNR, un hombre que constata las dificultades para hacer valer su proyecto de recomposición de la izquierda catalana[6]. El fracaso del encuentro entre nacionalistas republicanos y radicales –el Pacto de San Gervasio– será, en buena medida, un desengaño personal tanto como la evidencia de que en la vida catalana operaban con eficacia registros de identidad nacional que escindían el campo de la democracia. La

6 *El Meeting del Tívoli: don Pedro Corominas y don Alejandro Lerroux explican ante 10 mil republicanos la coalición de Defensa Republicana de Cataluña: el meeting termina al grito de Viva Cataluña Republicana, lanzado por Lerroux*, Barcelona, Imprenta y Estereotipia Fortuny, 1914.

atracción de algunos republicanos por la expectativa reformista encabezada por Melquíades Álvarez en todo el territorio español –recordemos el efímero, previo y entusiasta contacto de Companys con el reformismo– se combinaba con la negativa frontal de nacionalistas catalanes conspicuos a colaborar con Lerroux, más que un competidor electoral un genuino enemigo.

El republicanismo del que estamos hablando –el de los años 1910– se ha repensado. Ya no es un proyecto anclado en el siglo XIX. Y, sin embargo, no acaba de cuajar. Es más, presenta alarmantes síntomas de agotamiento y da lugar a lo que nuestros intransigentes del gorro frigio designaban como *apostasías*[7]. Coromines da cuenta de esta circunstancia y añade un argumento explicativo nada desdeñable. El dinamismo conflictual –político y social– de la vida española reduce el espacio operativo del ideal republicano. Por lo demás, ese ideal es mortecino: los republicanos se muestran incapaces para hacerse, después de décadas de estar instalados cómodamente en el terreno del ideal –es decir, alejados de la política práctica, recluidos en el espacio adversativo de la oposición y en las lindes exteriores del terreno oficial–, con el interés de las jóvenes generaciones intelectuales. En las universidades, y por extensión en el grueso de la juventud, las ilusiones republicanas han sido sustituidas –y la gran paradoja es que de ello serían culpables no pocas empresas intelectuales de raíz liberal reformista y caracterizadas grosso modo como republicanas– por la actividad científica, por el estudio y el saber desprovisto de alma democrática radical:

> «Els joves d'avui tenen una excel·lent preparació i es donen a l'estudi amb un coneixement fomidable de les llengües clàssiques, o amb la perfecta intel·ligència dels tres parlars moderns que són vehicles universals de civilització. Molts d'ells han estat a França, a Anglaterra, a Alemanya, i tornaren amb un sentiment pregon de les realitats de la ciencia, amb una irresistible vocació de les accions immediates. Si els parles de la República aviat se cansen de la teva conversa, com si s'enyoressin en el teu divagar».

El republicano que acumula batallas desde finales del XIX padece, antes de 1914 y caso de no orientar su acción pública al mundo obrero, una suerte de prematuro envejecimiento que le conduce a la soledad. Creen, algunos de ellos, que el tiempo de la ciencia ha venido a sustituir al tiempo de la política. Y, no obstante, se resisten. Los terrenos en los que, al margen de las labores

---

7 *Apostasía* es el encabezamiento elegido por Pere Coromines para la primera de las cartas incluidas en *Cartes d'un visionari*, *OOCC*, pp. 952-955.

orgánicas, han desplegado sus energías han tenido que ver con una acción política en la que resultaban claves la movilización electoral, la articulación de sociabilidades que emparentaban, renovándolo, con el asociacionismo ensayado en las décadas finiseculares, la centralidad de los proyectos educativos, el combate –en su caso no exento de finura y respeto para con los creyentes– contra el clericalismo y una creciente atención –que en el caso de nuestro héroe se encuentra en el arranque de sus trayectorias públicas– por la cuestión social entendida, en sentido estricto, como cuestión obrera. Ahora no se siente tentado, como mínimo a la altura de 1913, por la posibilidad de la apostasía. Por razones idiosincrásicas:

> «…el cor no se me'n va cap a la Monarquia, i en el restar fidel a les prèdiques de visionari, hi trobo un suau consol. Les meves idees cavalleresques sobre l'honor i la virtut es ressentirien del mancament que fes a les austeritats republicanes. (…)»[8].

Coromines no faltará a la austeridad republicana, pero el republicanismo está en crisis. En 1914 la UFNR quedaba desacreditada como alternativa política y como espacio para la convergencia del catalanismo de izquierdas. El fracaso convenció a Coromines de sus limitaciones para el liderazgo. La autoevaluación de sus capacidades le llevó, dos años más tarde, en 1916 y en plena guerra mundial, a retirarse de la esfera de la política. Empezaba a ser un hombre de otra época. En lo político, claro está. Porque en lo profesional fueron años de esplendor, como jurista y como economista, como financiero y, también, como conferenciante y escritor. A partir de 1920, además, pasará a colaborar estrechamente con el financiero reusense Eduard Recasens i Mercader en la fundación y desarrollo del Banco de Cataluña[9]. Sería el consejero secretario de la entidad. Hacer banca era, también, hacer patria.

Companys ni se siente viejo ni presenta síntomas de fatiga[10]. Ni en 1914 ni en 1920. Por el contrario, en la primera de las fechas se embarca en la enésima aventura organizativa. No quiere saber nada de desvanecimientos o de

---

8 *OO.CC.*, p. 955. *Diaris i records de Pere Coromines*, vol. 2, edición de Max Cahner y Joan Coromines, Barcelona, Curial, 1974-1975, p. 264.

9 Ribas, Frederic, «Pere Coromines: el Francesc Cabana del Banc de Catalunya», *Revista de Catalunya*, núm. 154, IX.2000, pp. 40-49. Lluch, Ernest, «La Banca a Catalunya i el Banc de Catalunya», Reus, Centre de Lectura, 1998, transcripción conferencia. Recasens i Mercadé, Eduard, *Petites notes sobre la Banca en el present i en l'avenir: conferencia…*, *op. cit.*, Barcelona, Impr. Elzeveriana, 1918.

10 Casassas, Jordi (coord.), *Lluís Companys i la seva època*, Barcelona, Pòrtic, 2002. Duarte, Àngel, «Lluís Companys: a la redención por el martirio», en *Héroes…*, *op. cit.*, pp. 197-240.

«*idees cavalleresques*». Companys no había nacido en Barcelona sino, en 1886, en un municipio leridano y en el seno de una familia de propietarios rurales. No obstante, como Corominas, se hace, como hombre político, en la capital catalana a donde llega con nueve años. El internado en que pasa los días acoge a algunas de las personalidades más relevantes de la vida cultural y social de los años 1920 y 1930. Companys, a diferencia de los jóvenes catalanistas de su tiempo, es un pésimo estudiante. Sólo alcanza el título de abogado en agosto de 1916. Lo que le seduce es el combate que se desarrolla en las calles, en los casinos, en las redacciones periodísticas y en los cafés. Las confrontaciones entre estudiantes católicos y liberales enmarcan la fundación de una Asociación Escolar Republicana de la que se convierte en referente y en la que traba nuevas amistades. En la agenda del estudiante politizado se privilegia una nada desdeñable predisposición a la vida bohemia, a la defensa del darwinismo y a la arremetida contra los católicos. De todas las amistades de esos años la que le marcará más decisivamente será la personificación más acabada de la abogacía laboralista en los tiempos del pistolerismo sindical, su paisano de las comarcas leridanas, Francesc Layret. Con él, y con muchos otros, se encuentra en los modestos locales del Ateneo Enciclopédico Popular, una entidad creada al calor del fracaso de la huelga general revolucionaria de 1902.

En la década de 1910, Companys está siguiendo el *cursus honorum* republicano. El compromiso con los partidos que defienden el ideal de libertad, igualdad y fraternidad es constante aunque errático. El Bloc Republicà Autonomista, producto de la descomposición de la UFNR tras el fallido Pacto de San Gervasio, el Partido Reformista o el Partit Republicà Català, plataforma creada entre el otoño de 1916 y la primavera de 1917, verán pasar a Companys por sus filas y por sus órganos de dirección. Su labor como abogado laboralista en el Sindicato Único se compagina con la actividad periodística. En 1912 es redactor de *La Barricada*, el semanario del BRA. También colabora en *El Diluvio*, paradigma del periodismo popular. Algo más tarde se incorpora a la redacción del más respetable e influyente diario *La Publicidad*. Fundado en los tiempos dorados de la Restauración como portavoz en Cataluña de Emilio Castelar, este diario será recordado, años más tarde, por ser el órgano de expresión de los jóvenes disidentes de la Lliga agrupados, desde 1922, en las sucesivas Acciones Catalanas. Pero todavía no es eso, todavía no ha catalanizado su cabecera cuando nuestro protagonista entra en la empresa. De hecho, Companys se integra porque durante un breve lapso Eusebio Corominas, el hombre fuerte de *La Publicidad*, la pone al servicio del reformismo de Melquíades Álvarez. Companys se siente atraído por la propuesta que lidera Álvarez. La reforma

social y, en particular, la democracia liberal parlamentaria, expresada a través de un sufragio redimido de los lastres del caciquismo y de la intervención del Ministerio de la Gobernación, pasan por delante de la apuesta institucional republicana. Companys no duda, por unos meses en defender la posición *accidentalista*. Incluso frente a antiguos y fieles camaradas como Layret.

Las diferencias no durarán mucho. La inconsistencia del reformismo catalán lleva a Companys a sufrir una dura derrota en las elecciones municipales de 1913. La crisis del reformismo se acelera en los dos años siguientes y nuestro héroe, como haría Manuel Azaña en Madrid, rompe con Álvarez al acercarse éste, desde 1915, al Partido Liberal. Tras su salida del reformismo, Companys se refugia en una de las múltiples entidades que componían la trama local y comarcal del republicanismo catalán: la Juventud Republicana de Lérida. Es en esos cenáculos donde la república resiste, como ideal y como esperanza, a los embates de las circunstancias adversas. También a las circunstancias europeas.

De la condición republicana en tiempos apocalípticos: entre la llegada de la Bestia y el descenso de la Nueva Jerusalén

Companys contempla con pasión democrática el estallido de las hostilidades en los campos de batalla de Europa. Se declara francófilo desde un primer momento, a pesar de las querencias neutralistas de no pocos obreros cenetistas con los que compartirá bregas en los meses por venir. No es, por lo demás, un hombre que elabore, desde la condición de republicano redescubierto en toda su amplitud, una mirada específica sobre el conflicto. Otra es la circunstancia de Coromines, quien tomará parte activa en las delegaciones de intelectuales que se acercaban a las trincheras para hacer manifiesto su amor a Francia. Asiste al inicio del conflicto y su reacción es doble. Por un lado le conmociona la brutalidad de lo que no deja de ser una guerra civil. Él, en republicano, no es imparcial. Los campos de Europa se han convertido en un cenagal que mezcla barro y sangre, vidas truncadas y espíritus atenazados por el dolor y la muerte. También es la cultura alemana, a la que como Joan Maragall, su maestro en tantos órdenes, rinde no poco culto, la que se halla en riesgo. Con todo, la civilización francesa es la que subyuga a Coromines. De su parte se encuentra desde los primeros momentos. Junto a ese componente –digamos de llanto por la tragedia continental,

por la colusión fratricida entre el mundo germánico y el latino– existe otro. La guerra es movilización, activación de energías dormidas, concordancia de las mismas en relación a un objetivo compartido. En el caso de los aliados, la defensa de la democracia liberal y de sus posibilidades posteriores de reforma. Y, junto a ello, el derecho, se dice desde Barcelona, de las pequeñas naciones a existir, a defenderse, como la brava Bélgica, de la agresión de los grandes estados vecinos.

Para quien, tras el fracaso de la UFNR, ha descubierto en sus paisanos el vicio de la apatía y el conformismo, la guerra europea constituye, pues, una expectativa. Su misma gravedad, su carácter apocalíptico, facilitará, según cree, el despertar de las energías colapsadas. Es ese un argumento que recorrerá todos esos años. Se sostiene a finales de 1914 para justificar el rechazo a la estéril neutralidad, se mantiene a lo largo de todo el ciclo de guerra y revolución, y se expresa con particular claridad cuando el fracaso de la crisis hispana de 1917. En agosto de ese año, el Coromines apartado de la primera línea de combate y el Companys que figura en ella, creen que por delante les pasa el tren de la revolución. Cada uno a su manera se sube a él. Al final resultará que se trata de un tren de maniobras que no lleva a ninguna parte. ¿Por qué, se preguntan? Coromines responde en apocalíptico y moralista: por la cobardía de la ciudadanía. Un apocamiento que es responsabilidad de la monarquía. De hecho esa es su obra más vil:

> «La seva pau d'alcavoteria ha fet un país d'epicuris i de taüls. No hi ha res més podrit que el cor de l'home resolt a no donar la vida per res del món. I aquest és el ciutadà educat per la monarquia borbónica, el cuc de terra sense pàtria i sense Déu, que no té historia ni tradició, que a missa profana el santuari, que no pot creure en la glòria perquè el greix de les seves delícies li va fer perdre la fe en la immortalitat».

Algo queda cuando de joven un demócrata liberal ha pasado por la fiebre vitalista. La solución, ahora como entonces, ha de venir de la atribulada, pero viva y combativa, Europa:

> «Com vols que Europa ens deixi estar en la nostra corrupció, amb la nostra befa de sufragi universal, amb una Constitució violada a cada punt pels que l'haurien de fer complir, amb un Parlament que només s'obre de tant en tant, per entaular un llarg debat polític en el qual no es pot dir res de la guerra, ni de cap qüestió vital, i amb un exèrcit que segons diuen els seus defensors no serviria per a guardar la independència de la pàtria?»[11].

---

11 *OO.CC.,* p. 979.

Europa, además, resolverá el problema de las nacionalidades. La incapacidad por dar solución a las pretensiones de las nacionalidades, concausa de la guerra, era una manifestación más de la crisis del Estado liberal. ¿Cómo puede resolverse? No rompiendo, porque esto no haría sino reproducir la situación a menor escala. Tampoco resuelve el tema la perspectiva federal, en rigor sólo lo aplaza. Constata y propone, alternativamente:

> «mentre els drets de les nacions no s'escriguin a la primera plana de la Constitució de l'Estat al mateix nivell que els drets de l'home, l'evolució històrica de l'Estat s'aturarà en el panteix del present tràgic persistent».

De unos tratados de paz inspirados en la filosofía wilsoniana cabría esperar que, para el caso español, esa fuese una implicación razonable.

Las pequeñas naciones precisan de marcos civilizatorios más amplios que los limitados por los Estados nacionales. Coromines cultivó el ideal iberista y, más allá, el de la conveniencia de forjar una nueva hegemonía, en Europa y en el mundo, de la raza latina. La latinidad, de la que Francia constituía un elemento central, debía ser de nuevo el hogar de civilización y, articulada en quiméricas confederaciones –la lógica estrictamente imperial quedaba en manos de proyectistas menos republicanos–, un hipotético actor de nuevo tipo en el escenario internacional. La simpatía por Francia procedía de la identificación de la causa de nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos, con el combate por la democracia y la justicia social, en su país, en Europa y en el mundo. En una dimensión más casera, aunque influida por el idealismo autodeterminista wilsoniano, Coromines dará apoyo, desde fuera de los ámbitos de militancia partidaria republicana y en base a esta combinación de materiales anteriormente enumerados, a la campaña para la consecución de un Estatuto de Autonomía en 1918.

El abandono de la primera línea del combate político le permitió recuperar en toda su plenitud la pasión por la escritura. Escribía mucho y en todo tipo de registros. En el periodo primorriverista, y como miembro de la junta general del Colegio de Abogados de Barcelona, dio apoyo a las iniciativas encaminadas a preservar la autonomía y la catalanidad de la corporación frente a las intromisiones de las autoridades gubernativas. Intromisiones que, en buena medida, se centraban en el uso de la lengua castellana como oficial de la entidad. En la misma línea, especial significación tuvieron sus acciones como presidente del Ateneo Barcelonés entre 1928 y 1930. Coromines tuvo éxito en la tarea de frenar las interferencias del poder de la Dictadura y, lo que resultó determinante en esos meses, en vincular a la entidad que dirigía con el

conjunto del movimiento ciudadano que intentaba precipitar la restauración de las libertades democráticas. Con todo, al llegar el 14 de abril Coromines era, básicamente, un espectador.

Un espectador republicano. Un espectador que, desde la sociedad civil, advertía con alarma de los riesgos, más que de las posibilidades, de los nuevos tiempos. Mientras tanto, Companys, de vuelta a los orígenes en la Juventud leridana, se reencuentra con Layret. Una vez recuperadas las fuerzas, junto a su amigo y en compañía de Marcelino Domingo, participa en el proceso que lleva, entre septiembre de 1916 y abril de 1917, a la constitución del PRC. Isidre Molas caracterizó hace años al PRC anotando que el dúo que formaban Layret y Companys se empeñó en llevar adelante una tarea de dimensiones básicas para la izquierda catalana del primer tercio del siglo XX: atraer a Salvador Seguí, y con él al grueso del sindicalismo libertario, a la política republicana[12]. La intención era asentar unos espacios, unos proyectos y unos lenguajes comunes y emancipadores. Sobre todos ellos planeaba el crepúsculo o alternativamente el faro, soviético. El domicilio particular de Companys, en la calle Sepúlveda de Barcelona, acogió reuniones orientadas a hacer posible los objetivos antedichos y a hacerlos realidad leyendo las modificaciones de contexto introducidas por el protagonismo de obreros y soldados en la toma del Palacio de Invierno. Ésta sería, aparentemente, la razón que se encontraría tras la fugaz adhesión del PRC a la Internacional Comunista. Los republicanos de entonces andaban algo despistados: nada tenía que ver el movimiento comunista internacional con los modos y los objetivos del republicanismo hispánico, por más avanzado que éste fuera.

En cualquier caso, y desde el punto de vista biográfico, el acierto de la opción orgánica, que tendrá ocasión de comprobar con relativa rapidez, partía del hecho que el PRC le permitía cultivar un perfil propio y una clientela específica. En la Cataluña de la segunda y tercera décadas del Novecientos los registros posibles eran los que eran y Companys optará por la camaradería de rabasaires y sindicalistas, trabajadores del campo y de la ciudad. Companys no es, a lo Coromines, espectador. En la crisis de julio a octubre de 1917, la de la Asamblea de Parlamentarios, la de las juntas de defensa militar y la de la huelga general revolucionaria, participa activamente. En el seno de la Asamblea apenas hace de secretario de Domingo –el único parlamentario del partido–, pero en la calle

12 Molas, Isidre, *Les arrels teòriques de les esquerres catalanes*, Barcelona, Edicions 62, 2001. Seguí, Salvador, *Escrits*, edición de Isidre Molas, Barcelona, Edicions 62, 1974.

figura junto a Francesc Macià, Seguí, Domingo y Ángel Pestaña en el intento de las izquierdas por hacer desembocar el movimiento en una revolución.

Entre las preocupaciones del PRC la autonomía tenía su lugar. Pero lo hacía en el seno de una agenda más compleja. A Companys, la militancia en la formación le facilitó un nuevo periódico. Esta vez la cabecera era combativa: *La Lucha*. Y, además, en esta ocasión sí que, en el crítico año de 1917, llegó a alcanzar un lugar como electo en el pleno municipal. En un municipio en el que los debates culturales y lingüísticos amenazaban con tener una presencia creciente, Companys se adscribió a la comisión que intentaba obtener del Gobierno de la Nación una intervención más decidida en los conflictos sociales, en beneficio de la parte obrera. Cerrados los años de grandes beneficios propiciados por la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial la recesión en el volumen de negocio de la industria catalana convirtió la agitación laboral en una oleada sangrante de enfrentamientos armados en la calle. Son los tiempos del pistolerismo, en los que la burguesía, incluso la reformista, se muestra más interesada en recuperar la tranquilidad y el control en unos barrios y ciudades tomadas por la violencia sindical que en profundizar en el proceso de 'construcción nacional'. Organizar el Somatén urge más que editar a los clásicos grecolatinos en catalán. El punto de inflexión lo marcó, entre febrero y marzo de 1919, la huelga de la Canadiense. Dirigida por el Sindicato Único de la CNT, reorganizado tras el Congreso de Sants, su fracaso abrió las puertas a la dialéctica de los grupos de pistoleros del Único, de los Sindicatos libres y de la patronal. Companys se encontró en medio del caos.

En noviembre de 1920 Companys era detenido junto a sindicalistas del relieve de Seguí, Martín Barrera o José Viadiu, y, con ellos, deportado al castillo de la Mola, en Mahón. En el momento en el que Layret se disponía a asumir su defensa, moría a manos de un pistolero, parece que de antecedentes carlistas. La vieja guerra civil reaparece en términos de guerra de clases. Un mes más tarde, toma el relevo del amigo asesinado: se presenta a las elecciones legislativas por el distrito que ocupaba Layret, el de Sabadell, y es elegido diputado. Gracias a su recién adquirida inmunidad parlamentaria es puesto en libertad, se convierte en un orador particularmente audaz en la denuncia de la guerra en Marruecos y participa en los debates sobre el terrorismo social que tienen lugar tanto en la cámara legislativa como en la prensa[13]. La trama de complicidades entre el

13 *Lluís Companys contra la guerra: escrits i intervencions contra el conflicto del Marroc (1921-1923),* edición de Josep M. Figueres; prólogo de Antoni Segura, Barcelona, Institut Internacional Català per la Pau, 2014.

republicanismo, del tipo del que sustentaba Companys, el antimilitarismo y el obrerismo anarquista reunido en mayo de 1922 en Zaragoza, continuaba operando gracias, en buena medida, a la dureza de la represión.

En ese mismo año de 1922, Companys fundará, junto a algunos colaboradores, el principal sindicato agrario de la Cataluña de principios de siglo: *Unió de Rabassaires i Altres Cultivadors* (UR)[14]. El dato, desde la perspectiva de la ubicación de Companys en el universo nacionalista, no es baladí. La entidad se consideraba heredera de las sociedades agrarias de inspiración federal que, en comarcas vitivinícolas como el Vallés o el Penedés, se habían enfrentado, por razones contractuales y ya desde finales de siglo XIX, a los propietarios de la tierra. Durante una parte del año 1923 Companys se dedicará a recorrer los municipios agrarios en los que se trabaja la viticultura y, desde las sucesivas tribunas, llamará a sus auditorios a oponerse al proyecto de reforma de los contratos de arrendamiento y aparcería que había elaborado la oficina jurídica de la Mancomunidad. De esta manera asentaba su popularidad, se convertía en un referente de la izquierda agraria y se garantizaba, en abril de ese mismo año, la reedición del éxito electoral. A partir de ese momento pasa a ser identificado, por amigos y enemigos, como el político *rabassaire*, como el personaje que siempre aparece, en las caricaturas, como una especie de Baco hirsuto, rodeado de cepas y racimos de uva.

La Dictadura no fue, para Companys, un tiempo muerto. Ni un tiempo poético o filosófico. Ni, por supuesto, de actividades financieras. Hombre de acción, retoma lo que nunca ha dejado del todo: la conspiración y, su correlato, la prisión. Las gestiones de asesoría jurídica y las reuniones más o menos estériles. No se recluye, como buena parte del catalanismo, excepción hecha de la intransigencia separatista, en la obra cultural. No es lo suyo. Los trabajadores de los desmantelados sindicatos cenetistas o los *rabassaires* continuaron contando con su ayuda y orientación. A finales de 1925 e inicios de 1926 se le podrá encontrar en las conversaciones que concluirán con la creación de la Alianza Republicana, la plataforma, dirigida, entre otros, por Azaña, Domingo –de quien sigue siendo por entonces un aliado fiel– y Lerroux. Dos años más tarde pasó a formar parte, como dirigente del PRC, de los órganos unitarios de la oposición. Será en su condición de miembro del Comité Revolucionario de Cataluña que, en octubre de 1930, es encarcelado de nuevo.

---

14 Pomés, Jordi, *La Unió de Rabassaires: Lluís Companys iel republicanisme, el cooperativisme i el sindicalisme pagès a la Catalunya dels anys vint*, Barcelona, Publicacions Abadia de Montserrat, 2000, prólogo de Pere Gabriel.

Volviendo al quinquenio 1914-1919, lo que para Companys constituía una posibilidad de renovación obrerista del eterno ideal emancipador que había cuajado en el republicanismo popular, para Coromines devenía un tiempo no sólo acelerado sino también, y fundamentalmente, inquietante. Lo ilustra un breve intercambio de correspondencia con Francesc Cambó. Un Coromines retirado de la primera línea política le confiaba al líder de la Lliga Regionalista, en mayo de 1919, que, en pocos meses, los que iban de principios de año a esas semanas de primavera, se detectaba una pérdida de exaltación en la acción política de los representantes catalanistas, en Cataluña y, en particular, en la labor parlamentaria. La frialdad, asegura Coromines, equivale a falta de autoridad en la presentación de los argumentos nacionales catalanes en la política española. A partir de ese diagnóstico sobre la situación, Coromines pone negro sobre blanco un par de consideraciones que se revelarán, en pocos años, visiones certeras: una de las características de los movimientos nacionalistas, tal y como ha mostrado lo acaecido en Europa, «no son reversibles». Es decir, no retroceden, no dan un paso atrás. Lo que hoy puede ser una solución, siquiera provisional, a los problemas de incardinación de las plurales naciones en los Estados, mañana no lo será. Y no lo será no porque puedan replantearse las condiciones u horizontes en sentido de una mayor moderación, de una ponderación de objetivos e instrumentos con los cuales alcanzarlos. «*Cada any que passa ens empeny cap a un radicalisme nou*». Esa es la condición propia de los tiempos, esa es la lógica inherente a todo nacionalismo. De todo ello se infiere lo siguiente: «*Si, després de les jornades del començament de l'any, deixeu que Catalunya s'adormi en el marasme d'avui, jo us diré com se'n despertarà: separatista*». Y, entonces, el receptor de la carta, le advierte Coromines, habrá dejado de ser el hombre-solución[15].

Más allá de los ejercicios sobre las lógicas de despliegue de las agendas nacionalistas, Coromines requiere de su interlocutor una iniciativa sólo aparentemente desligada de la cuestión que está planteando hasta el momento. Coromines le pide a Cambó, «per l'amor de Catalunya», es decir, por patriotismo, que renuncie a impulsar el somatén –la organización cívica armada, variante catalana, y española en los años a venir, de las guardias blancas desplegadas en esos tiempos de brutalización de la política. Para Coromines, no sin evidencias, reclamar el establecimiento del somatén era «*una posició de lluita de classes*», y una iniciativa estéril –«*De la militarització la nostra burgesia no està*

15 *Diaris i records de Pere Coromines,* vol. 2, pp. 360-362.

capacitada més que per a pendre'n fanfàrria exterior». En tanto que posición de clase, la iniciativa quebraba la posibilidad de una acción nacional conjunta; al quebrarla abría las puertas a la radicalización antes apuntada, al separatismo. Y aquí Coromines cerraba el bucle argumentativo. Lo hacía de manera magistral y desde una lógica estrictamente liberal, de izquierda republicana de raíces liberales: separatismo implica guerra y destrucción, y, a la manera europea, «*El separatisme català prendria aviat un funest contacte amb el bolxevisme, del qual aquí no hem d'esperar res de bo*»[16].

La respuesta de Cambó contiene un argumento de interés para el análisis de las lógicas nacionalistas. Como mínimo en un doble sentido, aunque nos aparta un tanto del problema específico del tiempo analizado: la reclamación del somatén es patriótica en la medida que no habrá poder catalán autónomo que pueda contar con el aval armado de los militares españoles. Estos, constituidos como partido, son hostiles a toda forma de autonomía. El segundo argumento tiene que ver con la asunción, siquiera retórica, de la hipotética caducidad del mandato del que se cree depositario Cambó. Si, como le advierte Coromines, los acontecimientos les desbordan, a Cambó en el parlamento y a Coromines en la cama, el prócer regionalista, tras haberse resistido, pasará a reconocer su fracaso y «*seré un seguidor decidit de qui llavors porti la bandera de la pàtria*»[17]. El conflicto social, tan vivo en 1917, ha quedado apartado del debate. Como suele acaecer entre patriotas.

Hipótesis que se convierten en conclusiones provisionales

El presente trabajo es el resultado de un proyecto que explora la naturaleza de los impactos que la combinatoria Guerra Europea/Revolución bolchevique tuvo sobre las prácticas políticas, las reflexiones teóricas y las experiencias vitales de líderes que, aunque radicados en una periferia hispánica sometida a procesos de nacionalización propios, dentro de la cultura republicana de principios de siglo XX acabarían teniendo un papel nada desdeñable en la experiencia abierta en abril de 1931. Herederos de un agregado de formas muy precisas de combate ciudadano y de un conjunto de materiales culturales

16 Para el escenario por venir, en términos de apoyo instrumental tanto o más que de compenetración ideológica y cultural, véase, Ucelay da Cal, Enric y Esculies, Joan, *Macià al país dels soviets*, Barcelona, Edicions de 1984, 2015.

17 Cambó responde el 20 de mayo a la nota de Coromines, del día 17.

con los que dotarlo de sentido, el del republicanismo democrático y socialmente avanzado de la segunda mitad del Ochocientos, un republicanismo que, nada paradójicamente, había compartido materiales culturales y prácticas de presencia en la arena pública de manera indiferenciada con lo libertario, esos republicanos hubieron de modular, y en algunos casos alterar de raíz, dichos utensilios. El estatismo y el corporativismo, la autodeterminación y el principio de las nacionalidades entraron en competencia con, cuando no ocuparon el lugar de, un impreciso espíritu societario y de un vago reformismo social así como de un federalismo de regusto provincial para no pocos admiradores de la perspectiva wilsoniana. Lo hicieron en un marco presidido por la percepción de la ruptura profunda de una cultura y, más aún, de un orden social, el europeo y el mediterráneo, el liberal y de raíces ilustradas. Un orden del que se sentían partícipes plenos y al que contemplaban frente a la profundidad de la sima en la que parecía abocarse.

La ficción de un supuesto fin de época, catastrófico y revolucionario, es para estos hijos del liberalismo una ficción útil desde el punto de visto analítico. Les da una clave sobre la que entender el mundo y sostener, haciendo uso de una retórica a veces audaz, una práctica política conservadora o a lo sumo moderadamente reformista. Mientras, a algunos otros los encaminará decisivamente hacia proyecciones de naturaleza social-revolucionaria. El igualitarismo democrático radical que constituía una convicción moral compartida por parte de nuestros protagonistas, en el sentido de que sabían del efecto deletéreo que sobre la circunstancia ciudadana tenían las desigualdades en el acceso a las condiciones para la libertad individual real y para una democracia en la que los intereses colectivos tuviesen incidencia efectiva en el diseño de las políticas generales, se vio afectada por el doble impacto del ciclo guerra revolución. A mediados de la segunda década del siglo XX a nuestros republicanos de adscripción juvenil anarquista y de posterior deriva democrática –con el elemento clave de la agenda nacionalista– se les presenta una doble presencia simultánea. La de la tentación y la de la visión. La primera pasa pronto, en la medida que les conduciría al pasado. Y en uno de los casos, el de Coromines, ese es un horror personal, estrictamente íntimo. Impensable, en suma. La segunda es la que arranca de la posibilidad de ajustar idearios y proyectos, filosofías y práctica políticas a los materiales que están apareciendo en el panorama europeo. Y también en el global.

Nos enfrentamos a personalidades que han de proponer un mundo nuevo desde la convicción de que el antiguo ha periclitado con la primera guerra mundial. Como apuntó Franco Venturi, tanto el espacio del socialismo refor-

mista como el de la democracia de raíces liberales[18]. Se presentan como intelectuales que claman por una renovación social y, sobre todo, moral. En algunos casos, el ejemplo aquí elegido ha sido el de Companys, asegurando una interlocución renovada con las bases sociales que podían dar consistencia a un proyecto político emancipador superador de esos mundos agotados. En otros, apegados a los viejos tiempos que entienden, eso sí, irremisiblemente perdidos, sin diálogo posible con las multitudes.

Las vacilaciones del republicanismo se corresponden, con gran exactitud, con la actitud cambiante de nuestros protagonistas. Por una parte asisten atónitos a la radicalidad de los acontecimientos. El derrumbe del mundo de ayer es observado con un cierto grado de esperanza: aquello que dejan atrás está políticamente obsoleto. De hecho, muerto. Todo es, para el republicano moralista, corrupción y marasmo. O despotismo inútil y negación de derechos sociales básicos para quien está acostumbrado a lidiar en el campo de las luchas sindicales. La liquidación de este todo puede dar paso a un orden social más equitativo que el del capitalismo descarnado, a una profundización (o real implantación) de la democracia política con la participación de las multitudes. En uno y otro orden de cosas, pueden desbordarse, por fin, la inercia y la cobardía que ha atenazado a toda una generación, en España, por los efectos deletéreos del liberalismo monárquico.

Entre algunos de nuestros republicanos, no en todos ellos, la esperanza no excluye un temor nada disimulado. Gentes como Coromines son amantes de la vida austera aunque no exenta de satisfacciones, materiales y morales, económicas y culturales. Han conseguido establecerse, han obtenido reconocimiento, han dado forma a sus anhelos de una vida pequeñoburguesa a la manera de la que se registra, creen, en los escenarios europeos asaltados por la contienda militar. Ese temor hace que algunos de ellos adquieran, en sus admoniciones, un cierto aire profético. Companys, en positivo, verá por momentos en la revolución soviética la parusía republicana popular. Él y el PRC sienten curiosidad, efímera, por el comunismo. La tentación dura poco. Coromines anunciará grandes tempestades y se recluirá en el estudio, el hogar, el colegio de abogados y la sede bancaria. Las derivas personales y las lógicas partidarias parecen conducir de nuevo a la fragmentación extrema de la política democrática popular. Será el Directorio el que acabará aportando

---

18 Devoto, Fernando, «Franco Venturi: historiador, intelectual, político», en Venturi, Franco, *Utopía y reforma en la Ilustración*, edición al cuidado de Fernando J. Devoto, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014 E-Book, pp. 102-111.

el catalizador que facilita la reacción en la dirección contraria: el dato que posibilita la conformación de un producto inédito, pasado por la experiencia de 1914-1919, pero superadora del mismo: el republicanismo que emerge el 14 de abril de 1931.

La Gran Guerra asoma, a finales de 1914 y principios de 1915, como una puerta abierta a un mañana impreciso en sus contornos. Un amanecer al que habría posibilidades de transición desde un presente marcado por las vacilaciones en el plano de los procesos democratizadores. A algunos demócratas veteranos la aceleración del tiempo histórico les arrebataba las seguridades, y las comodidades asociadas a las certezas ineficaces, de las que habían disfrutado en sus tiempos de formación personal y política. Los más jóvenes recibían el nuevo clima con no menores angustias. En parte por la naturaleza brutal del conflicto. En parte porque venía a poner en entredicho los fundamentos de una filosofía política que en la izquierda democrática seguía constituyendo el filón fundamental: un cierto liberalismo popular que recelaba tanto del Estado, nuevo agente conductor, como del protagonismo autónomo de unas masas proletarias que contribuía menos de lo deseable/esperable a la obra de regeneración nacional. La coyuntura facilitada por la Primera Guerra Mundial obra sobre la dirigencia republicana facilitando materiales para la reflexión puramente especulativa a propósito de la incidencia de condiciones hasta entonces impensadas en la operatividad de los proyectos emancipadores. En breve, la necesidad de reacomodar el sustrato liberal y socialista de la izquierda democrática y popular, de adecuarlo en sus respuestas a las emergentes condiciones no ya de la sociedad de masas sino de la movilización de las mismas y su encuadramiento en un contexto de combate total entre Estados. La nación y la reforma social adquieren una textura inédita.

El impacto del bolchevismo, por lo demás, no se dio sólo en las organizaciones obreras. Otros sectores de la opinión pública se sintieron cautivados por el radicalismo de la revolución rusa. Entre ellos se hizo visible un colectivo de intelectuales, periodistas y políticos de izquierda no marxista que, leales al recuerdo de la revolución francesa y a la tradición jacobina, aspiraban a derrocar en España el régimen monárquico para establecer una república de visos radicales en lo social. Muchos de ellos habían compartido, tres años antes, la apuesta aliadófila. Ahora, debido al efecto combinado del desgaste del entusiasmo provocado por las brutalidades conocidas de los campos de batalla, defraudados en sus expectativas de que el fin de la guerra mundial comportase una apuesta global por algún tipo de democracia próxima a sus horizontes revolucionarios y convencidos de que los principios decimonónicos

del liberalismo habían quedado obsoletos entendían, cada uno a su manera, que el siglo XX requería fórmulas nuevas y por un tiempo algunos de ellos transpusieron, aunque fuese temporalmente, su ideal de la Francia republicana a la Rusia soviética. El grueso de las izquierdas españolas compartió, cada una a su manera, similares tensiones, expectativas, rápidos desengaños, conversiones duraderas.